

El canto del autista

Juan Ángel Juristo

Hay en la narrativa moderna momentos claves, de sorpresa, que suponen una ruptura casi radical con los modelos anteriores. Desde ese comienzo de *Moby Dick*, de Melville, ese «Pongamos que me llamo Ismael», que introduce así la extraña ambigüedad en que se va a desarrollar toda la novela, pasando por esa traslación maravillosa de la primera a la tercera persona en *Madame Bovary*, de Flaubert o aquella primera frase de *Ana Karenina*, de Tolstoi, que en apariencia no tiene nada que ver con el resto de la novela y, sin embargo, la contiene toda a modo de sentencia. Con la introducción del sentido de lo patológico, la perenne estela de Dostoievski, entramos en otro mundo, como en las descripciones tan próximas a la intensidad del sueño en Kafka, un mundo que con la creación de Benjí, en *El Ruido y la Furia*, de William Faulkner, parece no haber marcha atrás. Al meterse en la conciencia de un retrasado mental se produce un cambio de percepción en la narrativa de consecuencias enormes. De esa estela faulkneriana han bebido grandes escritores, baste recordar entre nosotros ese universo onettiano que debe también tanto a Conrad, o la disolución de esa línea nítida de percepción entre vida y muerte en *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Pues bien, desde que António Lobo Antunes publicase hace ya un tiempo aquel *Tratado de las pasiones del alma*, un libro clave en la evolución de la literatura portuguesa, su obra se ha hecho decantado cada vez más por ofrecernos una destilación del lenguaje tan intensa que roza los límites de la densidad habida en la poesía y que con la ruptura cada

António Lobo Antunes. *El archipiélago del insomnio*. Mondadori, Barcelona, 2010.

vez más consciente de la trama, suele decir cada vez que se le pregunta que una novela con trama es una mala novela, adquiere unos aires de delirio de tanta carga semántica que hay páginas en sus novelas cuya concentración resulta inquietante. Lobo Antunes se ha confesado siempre deudor del ejemplo faulkneriano y no ha ocultado su admiración por Juan Rulfo y hay dos novelas, *Auto de los condenados* y *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* que siguen la estela de la obra del autor mexicano.

Su última obra, *El archipiélago del insomnio*, mantiene concomitancias con estas últimas, sobre todo en lo referente a que la sensación que se otorgue al lector en la lectura de la obra sea semejante al sueño y supone un paso hacia adelante de suma importancia en la evolución de su ideario estético. Incluso el cambio, por vez primera, del ámbito geográfico, de Lisboa, presente en toda su obra anterior, a un pueblo del Ribatejo, parece presuponer parte de esa ruptura buscada. Lo que parece no cambiar, es parte indisoluble de su universo, es la presencia omnipresente del patriarca y el recurso coral a que los personajes, fragmentados, presenten sus discursos al modo de la tragedia griega. Porque lo que ha querido hacer este psiquiatra de profesión desde sus primeros libros es presentarnos la posibilidad de que la tragedia, la gran tragedia de los tiempos clásicos, pueda representarse en ámbitos contemporáneos. De Faulkner aprende esa posibilidad y la lleva al paisaje urbano de la mano de la descripción de personajes inquietantes, tarados, perseguidos por sus propios fantasmas y encuadrados en un ámbito decadente, lleno de recuerdos y trastos viejos, en una suerte de transposición de la tierra desolada del poema eliotiano.

Esta novela trata del influjo casi bíblico de la tiranía de un patriarca y de la descripción de la sombra proyectada por él a lo largo de tres generaciones, desde principios de siglo hasta la revolución de los claveles, que parece cerrar un ciclo cerrado de muerte y destrucción en el Portugal rural. Sin embargo, donde se produce la ruptura con el estilo de su obra anterior es en el personaje que da voz a la narración, el del vástago más joven de la familia, un niño autista, que supone un logro de una ambición literaria poco común. La atmósfera irreal, pues, está asegurada, es más, diríase que no hay modo de escapar de ese tono alucinatorio que

recorre la narración, y aquí nos introducimos en deuda contraída con Rulfo a que nos referíamos con anterioridad, hasta el punto de que la intromisión de los muertos en aquello que hacen los vivos es determinante en su conducta. La sombra de Pedro Páramo en el Ribetejo portugués, los vivos recordando a los muertos, sí, pero también los muertos, su presencia en la memoria alucinada de las gentes, influyendo en las decisiones de los vivos, lacerándolos en sus visiones hasta el extremo de que la identidad de los personajes que aparecen en la novela ofrecen identidades confusas.

De esta manera el aire delirante, alucinatorio, presente en toda la narración, se agudiza hasta límites insospechados en su obra anterior, donde aún subsistía, fragmentada, la huella de una trama, de una historia a la que poder agarrarse. Los personajes perviven en la mente del lector siempre por una característica que los aleja de conductas con atisbos de normalidad. El elenco, Jaime, Hortelinda, María Adelaida, se adhieren a la memoria del lector por sus nombres casi en exclusiva y por la persistencia de algunos gestos únicos, alguien que mata pájaros siempre con un atizador, el desprecio patriarcal, propio de pocas enquistadas y remotas, de un padre hacia su hijo, la naturalidad de uniones condenadas de antemano, el hijo que se casa con una criada de la casa que era violada sistemáticamente por el padre, la presencia de una mujer que, sin embargo, murió siendo una niña...

Pero todo esto no sería más que la descripción de un escenario si no existiera una correspondencia en el lenguaje que hace que lo aquí expuesto adquiriera visos de realidad. Sabido es que el discurso literario en la obra de Lobo Antunes tiene en lo fragmentario su carta de identidad. Hay rupturas del orden del discurso, del discurrir temporal, incluso del espacial, pero en *El archipiélago del insomnio* esa fragmentación llega a extremos que a muchos nos recuerdan aquellas maravillosas opacidades de algunas páginas de Samuel Beckett. Lobo Antunes ha arriesgado aquí hasta el entendimiento semántico de algunas palabras. Baste decir que ha coronado la empresa con éxito. Creo que esta novela es uno de los grandes logros de la narrativa contemporánea y que la atmósfera que se enseñorea del libro es una muestra del talento poético del autor. Y digo poético porque Lobo Antunes, que se considera un

poeta frustrado, en el fondo quiere realizar en doscientas páginas lo que, de otro modo, le hubiera llevado una estrofa soberbia. Son palabras tuyas pero aquí subyace una profunda coquetería: en *El arco y la lira*, Octavio Paz nos da cuenta de la profunda vena poética de narradores como Faulkner y D.H. Lawrence. Lobo Antunez pertenece a esa estela y esta obra es una muestra excelente de ella. Y él lo sabe. Luces y sombras, pues, que actúan, como en los lienzos de Caravaggio, para dar realce a la descripción desolada de nuestra condición ©